

Es casi imposible marcar los exactos límites, las evoluciones abstrusas que obran en el cerebro. Las palabras ofrecen el inconveniente de tener más contorno que las ideas; las ideas se mezclan por los bordes, las palabras no. Se les escapa siempre cierta parte difusa del alma. La expresión tiene sus fronteras, pero el pensamiento carece de ellas.

Tal es la sombría inmensidad interior, que lo que sucedía á Gwynplaine tocaba apenas en su pensamiento á Dea. Dea era como sagrada en el centro de su espíritu y nada podía acercarse hasta allí; sin embargo, estas contradicciones constituyen el alma humana, y en ella sostenía Gwynplaine un conflicto. ¿Tenía conciencia de él? De un modo vago. Sentía en su foro interior, en el sitio de las hendiduras posibles, un choque de veleidades; para Ursus hubiera sido claro este choque; para Gwynplaine no lo era. Dos instintos, el del ideal y el del sexo, combatían en él. Hay luchas semejantes entre el ángel bueno y el ángel malo sobre el puente del abismo.

Al fin cayó precipitado el ángel malo. De repente, un día, Gwynplaine ya no pensó en la mujer desconocida. El combate entre los dos principios, el duelo entre su parte terrestre y su parte celeste, se verificó en lo más oscuro de su ser y en tales profundidades, que solo se apercibió confusamente de esa lucha.

El no cesó un instante de adorar á Dea, á pesar del desorden de su cerebro y de la fiebre de su sangre, pero aquel y ésta desaparecieron y permaneció solo Dea. Se hubiera asombrado Gwynplaine si le hubiesen dicho que Dea estuvo un momento en peligro. En pocos días el fantasma que amenazaba sus almas se borró. Solo le quedó á Gwynplaine el corazón, que era una hoguera, y el amor, que era una llama.

La duquesa no volvió á presenciar las representaciones de la Green-Box, lo que Ursus encontró natural. La dama que dá una onza es un fenómeno. Entra, paga y se desvanece. Sería gran fortuna que volviese.

Dea no hizo ni una sola alusión á la dama de paso. Sin duda estaba enterada por oír lo que decía Ursus y por las exclamaciones significativas que oía aquí y allá y que decían que no se pueden recibir todos los días onzas de oro. Por instinto profundo Dea no volvió á hablar de la duquesa. El alma toma estas oscuras precauciones cuyo secreto no siempre conoce. No ocuparse de alguno

parece que es alejarle; al hablar de él, parece que se le llame; callamos, como cerráramos una puerta.

Este incidente se olvidó pronto. ¿Era acaso algo? Pudo decirse que existió? ¿Había flotado una sombra entre Gwynplaine y Dea? Dea no lo sabía y Gwynplaine tampoco. No fué nada. La misma duquesa desapareció en la perspectiva lejana como una ilusión. Solo fué un minuto de sueño que atravesó Gwynplaine y que salió de él. La disipación de un desvarío, como la disipación de la bruma, no deja huella, y cuando pasa la nube, el amor no disminuye en el corazón, como el sol no disminuye en el cielo.

IX.

Abyssus abyssum vocat.

También desapareció Tom-Jim-Jack. Bruscamente dejó de asistir á las representaciones de la posada de Tadcaster.

Las personas acostumbradas á ver las dos pendientes de la vida elegante de los grandes señores, pudieron notar por entonces que la *Gaceta de la Semana*, entre dos extractos de registros parroquiales, anunciaba "la salida de lord David Dirry-Moir por orden de su majestad, para ir á tomar en la escuadra blanca, que caminaba por las costas de Holanda, el mando de su fragata."

Ursus se apercibió de que Tom-Jim-Jack no volvía ya, y esto le preocupó. Tom-Jim-Jack no se presentó en la posada desde la noche en que partió en la carroza de la dama desconocida. ¿Era un enigma ese marinero que robaba duquesas! Este hecho se prestaba á muchas reflexiones. Por eso Ursus nada dijo. Ursus, que tenía experiencia, sabía los escosores que producen las curiosidades temerarias. La curiosidad debe guardar cierta proporción con el curioso. El que escucha, arriesga la oreja, y el que acecha, el ojo; lo más prudente es no ver ni oír nada. Tom-Jim-Jack subió á la carroza blasonada; el hostelero lo presenció. Un marinero que se sienta en un vehículo al lado de una lady, ofrece las apariencias de un prodigio que hacia circunscripto á Ursus. Los caprichos de la vida de los grandes deben ser sagrados para los pequeños. Esos reptiles, que se llaman pobres, lo mejor que pueden hacer es meterse en su agujero cuando ven algún suceso extraordinario. Estar escondidos les dá fuerza. Cerrad los ojos,

si no teneis la dicha de ser ciegos; tapaos los oídos, si no teneis la fortuna de ser sordos; paralizad la lengua, si no gozáis de la perfección de ser mudos. Los grandes son lo que quieren y los pequeños lo que pueden; dejemos que pase lo desconocido. No importunemos á la mitología, no enfademos á las apariencias; rindamos profundo respeto á los simulacros. No dirijamos nuestros chismes á las disminuciones y á los aumentos que se operan en las regiones superiores por motivos que ignoramos. La mayor parte de las veces son, para nosotros los miserables, ilusiones ópticas. Las metamorfosis son asuntos de los dioses; las transformaciones y las disgregaciones de los grandes personajes eventuales, que flotan sobre nosotros, son nubes imposibles de comprender y peligrosas de estudiar. Prestar demasiada atención, impaciente á los olímpicos en sus evoluciones de diversion y de capricho, y si os lanzan el rayo, podría enseñarnos que es Júpiter el toro que examinamos con impertinente curiosidad. Mirarlos con indiferencia es ser inteligentes. No os meneéis, que esto es saludable; haceos los muertos y no os matarán. Tal es la sabiduría del insecto, que Ursus practicaba.

El posadero, que también extrañaba la desaparición del marinero, preguntó un día á Ursus: —¿Sabeis que ya no viene Tom-Jim-Jack?

—Vaya! También me ha chocado.

Maese Nicless le hizo en voz baja una reflexión, sin duda acerca de la promiscuidad de la carroza ducal con Tom-Jim-Jack, observación probablemente irreverente y peligrosa, que Ursus tuvo cuidado de no oír. Este, sin embargo, era demasiado artista para no echar de menos á Tom-Jim-Jack. Experimentó verdadero disgusto y comunicó esta impresión á Homo, único confidente de cuya discreción estaba seguro. Así dijo al oído del lobo:

—Desde que no viene Tom-Jim-Jack, siento un vacío como hombre y frío como poeta.

Esta confianza que hizo á su amigo le sosegó. Gwynplaine no se ocupaba de Tom-Jim-Jack, absorto en pensar en Dea y olvidado ya de la fascinación momentánea que le produjo la dama incógnita.

Ya no se hablaba de cábalas, ni de quejas contra *El hombre que ríe*; parecía que los oídos contra él se habían extinguido y reinaba la paz en la Green-

Box y á sus alrededores, y conseguía éxitos que ya no amargaban las amenazas. El destino ofrece á veces serenidades súbitas. La espléndida felicidad de Gwynplaine y de Dea brillaba sin una sola sombra; había llegado al punto en que ya no puede aumentar; estaba en su apogeo. La felicidad, como el mar, llega á su plenitud, pero lo que debe inquietar á los que son muy dichosos es que el mar redesciende.

Hay dos modos de ser inaccesible: ó por estar muy altos, ó por estar muy bajos; quizás se desea tanto lo segundo como lo primero: con más seguridad que el águila escapa de la flecha, el infusorio evita ser aplastado; la seguridad de su pequeñez, si á alguien la consigue en la tierra, la habían conseguido Gwynplaine y Dea, pero nunca tan completa como ahora. Vivían el uno en el otro estáticamente. El corazón se satura de amor, como con una sal divina que le conserva, y por eso existe la incorruptible adherencia de los que se aman desde el alba de la vida y la frescura que tienen los amores antiguos y prolongados. Existe el embalsamamiento del amor. De Dafne y Cloé se han formado Filemon y Baucis. Esta vejez, esta noche semejante á la aurora, estaba reservada á Gwynplaine y á Dea, y siendo jóvenes la esperaban.

Ursus observaba estos amores como el médico visita la clínica; además, tenía lo que en aquella época se llamaba la "mirada hipocrática". Fijaba en Dea, frágil y pálida, la pupila sagaz y murmuraba: —Es una fortuna que ella sea dichosa! Otras veces decía: —Es dichosa para la salud de que disfruta.

Movía la cabeza y leía con atención á *Avicena*, traducido por Vopiscus, Fortunatus, á Louvain, y un libro viejo que poseía, en el tratado de las "turbaciones cardíacas".

Dea se fatigaba con facilidad y tenía sudores y modorras, y dormía, como ya hemos dicho, durante el día. En una ocasión en que se quedó dormida sobre la piel de oso, y que Gwynplaine no estaba en su presencia, Ursus se inclinó en silencio y aplicó el oído al pecho de Dea al lado del corazón. Escuchó algunos instantes, y despues, irguiéndose, murmuró: —Es preciso evitarla una sacudida. La hendidura crecería con rapidez.

La multitud continuaba afluyendo á las representaciones del *Caos vencido*. Parecía inagotable el éxito que producía

El hombre que rie. Acudia ya, no solo todo el arrabal, sino gran gentío de Londres. Comenzaba á mezclarse en la posada el público de todas clases: ya no eran solo marineros y pobres, segun decia maese Nicless, conocedor de la canalla: formaban parte del populacho gentiles-hombres y baronnets, disfrazados de gente del pueblo. El disfraz es una de las felicidades del orgullo, y entonces era gran moda usarlo. La aristocracia mezclada con la plebe, era signo que indicaba que la extension del éxito iba cundiendo en Londres.

La gloria de Gwynplaine habia entrado, sin duda alguna, en el gran público. Esto era en realidad, porque en Londres todo el mundo se ocupaba de *El hombre que rie*; hablaban de él hasta los clubs de los lores.

En la Green-Box lo sabian y se creian dichosos. La embriaguez de Dea consistia en tocar todas las noches la frente encrespada y salvaje de Gwynplaine. En el amor tambien hay costumbres y toda la vida se concentra en ellas. La reaparicion del astro es una costumbre del universo; la creacion es la enamorada y el sol es su amante. La luz es una cariatide deslumbradora que contiene el mundo. Todos los dias, durante un minuto sublime, la tierra, cubierta por la noche, se apoya sobre el sol que se levanta. La ciega Dea sentia entrar el calor y la esperanza en ella en el momento en que posaba la mano sobre la cabeza de Gwynplaine. Dos seres que se adoran en la oscuridad y que se aman en la plenitud del silencio, pasarian así toda una eternidad.

Una noche, sintiendo Gwynplaine el exceso de felicidad que, semejante á la embriaguez que ocasionan los perfumes, causa una especie de divino malestar, paseaba, como acostumbra despues de terminarse el espectáculo, por el campo de la feria, á la distancia de cien pasos de la Green-Box. Era para él una de esas horas de dilatacion, en las que nos descartamos de la plenitud del corazon. La noche era oscura y transparente y brillaban las estrellas. El campo de la feria estaba desierto, y reinaba el sueño y el olvido en los barracones esparcidos alrededor del Tarrinzean-field.

Solo se veia brillar una luz, la de la linterna de la posada de Tadcaster, cuya puerta estaba abierta, esperando que entrase Gwynplaine.

Media noche acababa de sonar en las cinco parroquias del arrabal, con las in-

termitencias y diferencia de voz de un campanario á otro.

Gwynplaine pensaba en Dea; ¿en quién habia de pensar? Pero esta noche, confuso y lleno de un encanto que participaba de angustia, pensaba en Dea como el hombre piensa en la mujer, y se lo reprochaba á sí mismo. Comenzaba en él el sordo ataque del esposo, que es una grata é imperiosa impaciencia. Franqueaba la frontera invisible, en la que á la parte de acá está la virgen y á la de allá la mujer. Se preguntaba á sí mismo con ansiedad y sentia lo que podemos llamar rubor interior. El Gwynplaine de los primeros años, creciendo misteriosa é inconscientemente, se habia transformado poco á poco; el antiguo y púdico adolescente estaba ya ahora mareado é inquieto. Poseemos el oido luminoso, al que nos habla el espíritu, y el oido de la oscuridad, al que nos habla el instinto. En el oido que amplifican voces desconocidas le hacian ofrecimientos. Por puro que sea el hombre jóven que sueña en el amor, el espesor de la carne acaba siempre por interponerse entre los sueños y él. Las intenciones pierden su transparencia. Lo inconcesable que pide la naturaleza penetra en la conciencia. Gwynplaine experimentaba el apetito de la materia, del que nacen todas las tentaciones, y de él carecia Dea. En su fiebre, transfiguraba á Dea quizás por su parte peligrosa, tratando de exagerar su forma seráfica hasta hacerla tomar la forma femenina.

El amor llega á no querer demasiado paraíso; necesita la piel febricitante, la vida emocionada, el beso eléctrico é irreparable, los cabellos destrenzados, caricias con objeto. Lo sideral fatiga. Lo etéreo pasa. Exceso de cielo en el amor es exceso de combustible en el fuego, aviva la llama. El enamorado Gwynplaine pensaba en la mujer, oyendo dentro de sí este profundo grito de la naturaleza. Como un Pigmalion del desvario, temerariamente retocaba en el fondo de su alma el contorno casto de Dea; contorno demasiado celeste y poco edénico, porque el edén es Eva, y Eva era una hembra, la madre carnal, la nodriza terrestre, el vientre sagrado de las generaciones, el pecho de leche inagotable, la mecedora del mundo recién nacido, y el seno excluye las alas. La virginidad es la esperanza de la maternidad. Hasta ahora, en la imaginacion de Gwynplaine, Dea estaba muy alta y

separada de la carne, y desde este momento probaba en su pensamiento á hacerla descender hasta allí, tirándola del hilo del sexo, que ata á la tierra á las doncellas. Dea, como las demás, estaba dentro de la ley comun, y Gwynplaine, medio confesándosele á sí mismo de que se sometiese á ella, tenia la vaga voluntad, y tenia esta voluntad casi á su pesar. Veia á Dea humanizada; concebía la idea, nueva en él, de que Dea fuese, no solo criatura de éxtasis, sino de voluptuosidad. Se avergonzaba de esta usurpacion visionaria, porque veia en ella algo de profanacion, y la resistia; pero no podia vencer esta tentacion, y volvía á pensar en ella, á pesar de parecerle que cometia un atentado contra el pudor. Dea estaba para él en una nube, y estremeciéndose, separaba la nube de ella, como le hubiera quitado la camisa. Era el mes de Abril. La columna vertebral tiene sus desvarios.

Daba Gwynplaine algunos pasos al azar, con la distraida oscilacion que dá la soledad. No tener nadie alrededor ayuda á divagar. ¿A dónde iba á parar su pensamiento? Acaso él mismo no se atrevia á confesárselo. Al hombre, en su estado, no se le debia llamar enamorado, sino poseido. Ser poseido por el diablo es la excepcion: ser poseido por la mujer es la regla. Todos los hombres sufren esta alienacion. No hay mayor hechicera que una mujer hermosa. El verdadero amor debia llamarse cautividad.

El hombre queda prisionero en el alma de una mujer y en su carne; algunas veces más en la carne que en el alma: el alma es la novia y la carne la querida. Se calumnia al demonio, atribuyéndole la tentacion de Eva, cuando fué Eva la que le tentó: la mujer lo atrajo; Lucifer pasaba tranquilo, vió á la mujer y se convirtió en Satán.

En estos momentos agitaba á Gwynplaine el espantoso amor de la superficie, y es temible el instante en que se piensa en la desnudez. Resbalar hasta caer en la falta es posible entonces. ¡Qué oscuridades hay tras la blancura de Vénus!... Algo dentro de Gwynplaine llamaba á Dea á gritos: á Dea, doncella; á Dea, mitad del hombre; á Dea, carne y llama; á Dea, con la garganta desnuda. Casi hacia huir de ella al ángel. Atravesaba la crisis misteriosa que todo amor atraviesa, en la que el ideal pelagra.

El amor de Gwynplaine á Dea se convertia en nupcial; el amor virginal solo es una transicion, y habia llegado ya el

instante en que Gwynplaine necesitaba una mujer. Necesitaba una mujer, y por fortuna para el mónstruo no podia tener otra que Dea; la única que él amaba, la única que podia quererle.

El que hubiera visto cómo andaba Gwynplaine le hubiera creido embriagado, porque casi titubeaba al andar bajo el triple peso de su corazon, de la primavera y de la noche.

Reinaba profundo silencio en el *bowling-green*.

Gwynplaine paseaba con pasos lentos, la cabeza baja, las manos detrás de la espalda, cogiéndose la derecha con la izquierda y con los dedos abiertos. De repente sintió que se deslizaba algo entre sus dedos y volvió la cabeza bruscamente.

Tenia un papel en las manos y delante de él un hombre; éste llegó hasta él con la precaucion del gato y le puso entre los dedos el papel, que era una carta.

Gwynplaine pudo ver á la luz de las estrellas que el hombre era pequeño, jóven, grave, y que usaba librea de color de fuego, visible por la abertura vertical de un largo capote gris. Llevaba una gorra carmesí parecida al birrete de cardenal, y un galon puesto en ella indicaba que era doméstico; sobre el birrete se elevaba un ramillete de plumas de tisserin.

Quedó inmóvil ante Gwynplaine. Parecia la silueta de un sueño. Gwynplaine reconoció en él al *groom* de la duquesa. Antes de que aquel pudiese lanzar un grito de sorpresa oyó la voz fria, infantil y femenina del *groom*, que le decia.

—Acudid mañana á esta misma hora á la entrada del puente de Londres. Yo estaré allí y os vendreis conmigo.

—Dónde? preguntó Gwynplaine.

—Donde os esperan.

Gwynplaine bajó los ojos y miró maquinalmente la carta que conservaba en la mano; cuando levantó la vista, el *groom* habia ya desaparecido. Solo vió á lo largo del campo de la feria vaga forma oscura que huía con rapidez.

Gwynplaine contempló durante algunos segundos esa forma vaga hasta que la perdió de vista, y despues se puso á contemplar la carta. Momentos hay en la vida en los que lo que sucede parece que no suceda, y en los que el estupor nos mantiene á cierta distancia del hecho. Gwynplaine se aproximó la carta á los ojos con intencion de leerla, y entonces se aperció de que esto no era posi-